





QUE TODO OCURRA

SALVA TERCEÑO

Título: Que todo ocurra

Primera edición: abril, 2026

Segunda edición: junio, 2026

© 2026, del texto Salvador Terceño.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Ilustración portada: Salvador Terceño

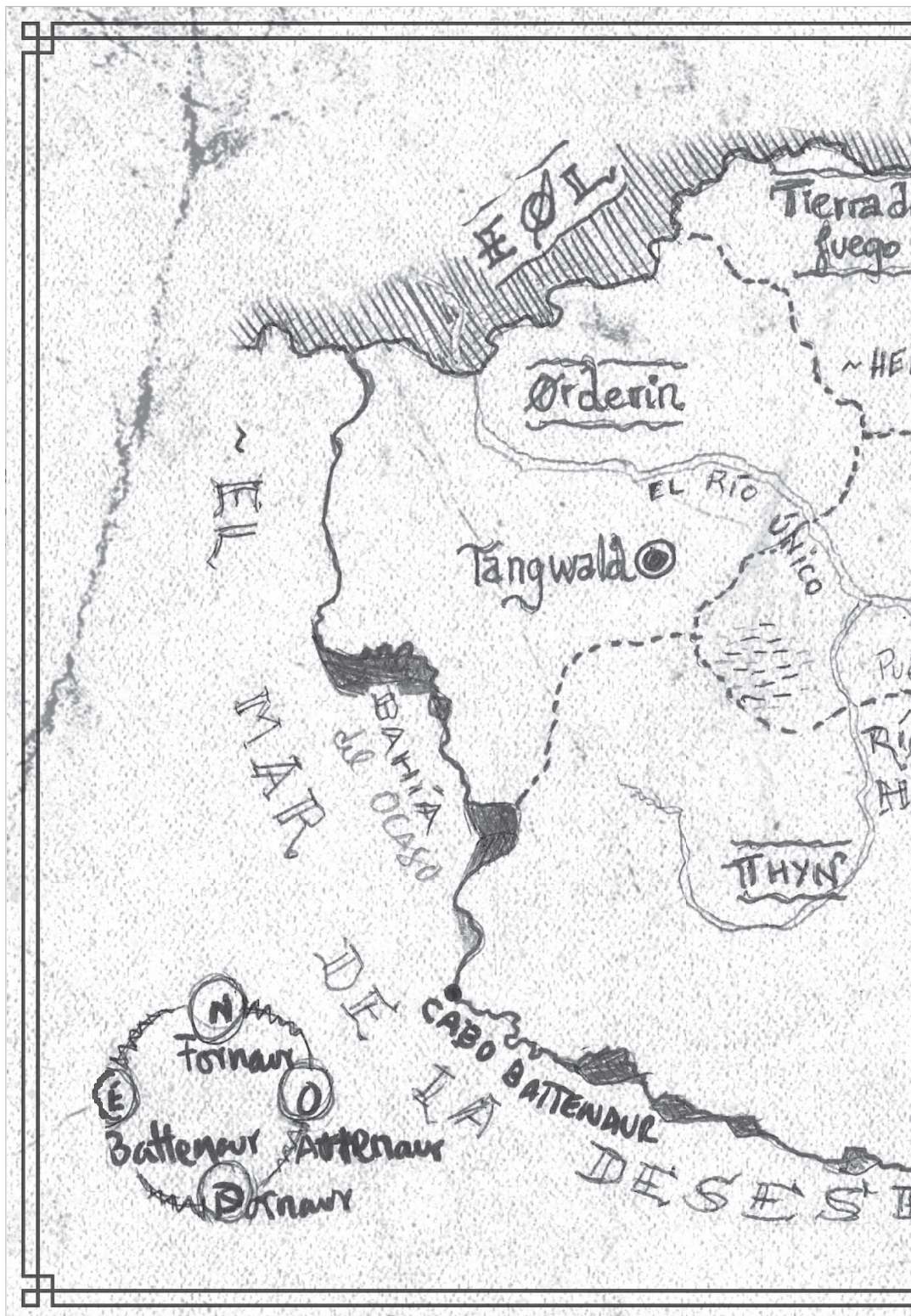
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1487-2026

ISBN: 979-13-87720-95-7

*A Quique y Salva, por ser mi fuerza.
A Elo, por ser mi magia.*







PRÓLOGO

Cuando hace más de dos décadas nos encontramos por primera vez, era imposible que intuyera lo importante que el autor de este libro iba a ser para mí, para mi vida en general. Es obvio que no podía imaginar que ese médico tan simpático, ese compañero tan divertido y generoso, sería el culpable de que algo más de una década después el gusanillo de la escritura entrara en mi espíritu y nos convirtiéramos en cómplices literarios, en «socios» en esto de unir palabras. Por supuesto, no se me podía pasar por la cabeza que, sumando unos diez años más, Salva publicaría su primera novela y me propondría tener la fortuna de escribir su prólogo, este que relato con emoción. Pero la vida tiene estas cosas que se acercan a los sueños que una no se atreve a soñar. Allá voy, pues.

El libro que tienes en las manos es fruto de años de trabajo del que he sido testigo. He tenido el privilegio de leer *Que todo ocurra* en su primera versión, algo más larga, y disfrutar de la fantasía y la creatividad sin igual de Salva. Lo comprobarás enseguida, en cuanto te embarques en la lectura de esta historia. Vas a tener la oportunidad de sumergirte en un mundo nuevo, creado desde la imaginación y la constancia de su autor, un mundo con su propio mapa, su propia lengua, pero con personajes con los que podrás identificarte, porque sus anhelos, deseos, retos o sentimientos son igual de universales que los tuyos y los míos.

Salva escribió esta fantasía épica pensando en sus hijos, pero cuando le pregunté a qué público iba dirigido me contestó: «A todos los públicos». Y estoy totalmente de acuerdo. En *Que todo ocurra* encontrarás una apasionante historia de amor, pero también una enfermedad sinuosa que te va a traer, quizás, malos recuerdos. Entre sus páginas podrás ser testigo de una hermosa historia de lealtad y amistad, de esas que siempre da gusto leer. Vas a poder

conocer a reyes y lores, a seres malvados, pero también a héroes y, sobre todo, tendrás la oportunidad de enfrentarte a tales desafíos que no te van a permitir soltar el libro ni para dormir, te lo aseguro. Además, esta es una novela que podrás compartir en familia. *Que todo ocurra* es una historia de ida y vuelta, para pasar de hijos a padres y viceversa, pero también para disfrutar sin prisa de una narración que te devolverá a tu infancia, cuando todo era posible.

Paul Auster dejó dichas estas palabras: «El arte no va a transformar de inmediato la sociedad. Pero puede crear cambios espirituales en nosotros. Necesitamos hacer poemas, cantar, pintar cuadros... Imagina el mundo sin eso, sin música o libros. El arte es eterno, es una necesidad, un alimento espiritual». En un momento social e histórico como el que vivimos necesitamos más que nunca crear arte y precisamos, más que nunca, historias como las que surcan las páginas de *Que todo ocurra*: páginas llenas de fantasía, que nos permitan soñar, quizás volver a ser niños, vivir aventuras o, siendo adultos, sonreír al sumergirnos en un lugar nuevo, un lugar que nunca antes hemos pisado, ni leído. Obras como esta nos recuerdan que las personas somos capaces de construir cosas brillantes y nos deben inspirar a seguir creyendo en el poder del ser humano para crear lo que merece realmente la pena, compensando el lado feo de nuestra sociedad.

Es posible que, sin darse cuenta, Salva Terceño, y su libro, nos ayuden a reflexionar sobre la importancia fundamental de la fantasía, porque imaginar otras posibilidades, otras opciones, otros caminos, es lo que nos hace únicos. Ojalá nunca olvidemos que la imaginación, la creatividad, forma parte de nuestra esencia y es el principal motor de la existencia humana.

Desde nuestro primer encuentro hasta este día, Salva y yo hemos vivido infinidad de momentos. Hoy tenemos más años, más arrugas y el cabello más blanco, pero también más recuerdos juntos y una amistad a prueba del inevitable paso del tiempo y sus circunstancias, una amistad que es uno de los principales pilares de mi vida. Sé que este libro nos va a traer muchas alegrías y muchos instantes bonitos que recopilaremos como siempre hacemos, añadiéndolos al álbum, ya grueso, de nuestros recuerdos.

Estimado lector o estimada lectora, disfruta de esta historia y dejemos *que todo ocurra*, que todo lo bonito ocurra.

Salva, gracias por lo vivido y por lo que nos queda por vivir.

María Requena Espada.
Gerena, 14 de marzo de 2026.

Nil anure inni Khanna
Al inicio llegó la muerte

En un principio, nadie sospechó que aquellas muertes tuvieran alguna relación. Habían sido escasas y dispersas. Además, eran tiempos en los que no resultaba extraño que alguien muriera de forma repentina o inexplicable. Cuando Juung, el herrero, un hombre fornido y joven, se desplomó en la herrería, todo el mundo en Ré pensó que no era de extrañar, que estaba expuesto a demasiado calor y que pocos fallecían mientras atizaban con el martillo y avivaban el fuego con el fuelle. Pero Juung llevaba días sintiéndose débil y febril, destilando un viscoso sudor gris, y sus síntomas pasaron desapercibidos bajo las duras condiciones de la forja.

Hicieron falta siete hombres para mover el descomunal corpachón del herrero hasta subirlo a la carreta, siete jóvenes que resoplaron y sudaron como en una lucha de cuerda. Estremecía contemplar a aquel muchacho recio y trabajador, con la vida recién brotada, convertido en una anatomía inerte, dispuesto a ser acogido por la madre tierra, hasta su descomposición, afrontando, sin motivo aparente, la eternidad y el olvido.

A media legua de allí, en una granja, la pequeña Risner deliraba en su minúsculo camastro. Hervía en fiebres y estas le hacían sudar una sustancia cenicienta que contrastaba con la palidez de su rostro descolorido. Su padre había marchado temprano a buscar al gaelen, el fisiólogo de Ré, aun sabiendo que era probable que no regresaran a tiempo. La madre acarreaba baldes de agua desde el pozo para refrescar a la niña y le aplicaba friegas de alcohol de romero y espliego, esperando algún efecto, aunque fuera mínimo. A ratos se sentaba en un poyete fuera de la casa, asustada, vencida. Pero se incorporaba con rapidez porque no quería que Risner percibiera su rendición. Los ratos en los que la fiebre cedía y la cría parecía recuperarse, la madre se arrodillaba

con los brazos abiertos junto a su camita y recitaba viejas plegarias a Thlalok y a Eharlig, los dioses ancestrales de la salud y la naturaleza. Eran oraciones casi olvidadas, que brotaban con una fe resucitada en la desesperación. Ello generaba en la madre un profundo sentimiento de culpa por haber olvidado los ritos atávicos cuando todo marchaba bien.

En una de las ventanas, parpadeaba la trémula luz anaranjada de una lámpara de resina. De madrugada, se escuchó el ruido de la carreta aproximándose por el camino. Llegaba con gran estruendo, haciendo vibrar el terreno y con el caballo de tiro echando espumarajos por la boca. Dos hombres descendieron y corrieron hasta adentrarse en la casa.

—Aquí está el gaelen, cariño —informó el padre con un susurro apresurado—. ¿Cómo está mi pequeña Risner?

La madre no respondió, pero no estaba dormida. Tampoco lloraba. Parecía sumida en un estado catatónico, arrodillada junto al jergón, con la cabeza reclinada sobre su pequeño cuerpo.

—¿Querida? —insistió.

Mientras el gaelen extraía algunos utensilios de su bolsa, el padre se acercó y palpó la frente de Risner.

—Ya no tiene fiebre. —Sonrió—. Tiene la piel fresca.

Y entonces, la madre rompió a llorar.

Aquel buen hombre por fin comprendió y se le unió en su llanto. Sollozaron y gimieron en íntima soledad. No tenían más descendencia.

El curandero, tras comprobar que la niña había fallecido, comenzó a devolver todos sus trastos a la bolsa con respetuosa parsimonia. Y no porque no le acuciara la prisa. Los últimos días no había dejado de ir de una casa a otra, atendiendo a enfermos aquejados de aquella desconcertante enfermedad a la que todos llamaban «fiebre gris», y le invadía la angustiosa sensación de llegar siempre tarde, siendo incapaz de ofrecer curación, rara vez alivio.

Tandell Ibsen, que así se llamaba el gaelen, notó el primer escalofrío justo al salir de la casa de Risner, cuando se detuvo a despedirse del padre de la niña. Hacía fresco. Lo achacó al cambio de temperatura y al cansancio acumulado. Le entregó un envoltijo con unas hierbas tranquilizantes, por si él o la madre lo necesitaban, y montó sobre su caballo. Camino de Ré comenzó a sentirse febril bajo la capa. La brisa nocturna irritaba sus ojos. Cuando llegó a su casa, el cuerpo le ardía como una lumbre, tenía la mente nublada y la frente barnizada de la sucia pringue grisácea que tantas veces había visto.

El gaelen Tandell era un hombre de mediana edad, soltero, sin hijos. Vivía solo en una pequeña casa a las afueras de Ré que todo el mundo conocía, pues era el punto de auxilio ante males, heridas y huesos quebrados o

dislocados. Sobre su puerta colgaba una banderola roja, como signo de alerta, para indicar su ubicación y servicio. Todos los habitantes de Ré y alrededores habían estado alguna vez en aquella casa y casi todos habían salido vivos de ella.

Había aprendido el oficio de su padre y este, a su vez, del suyo. Pero Tandell no había tenido hijos a los que enseñar, solo un aprendiz de gran corazón, pero escasa vocación, un sobrino llamado Ugi. Al principio, era incapaz de diferenciar el orégano de la belladona.

Al llegar a su casa, Tandell era ya consciente de que estaba muy enfermo. Risner, la hija de los granjeros, había muerto de aquella misma afección. Y, varios días antes, Juung, el herrero, también tenía los ojos enrojecidos y el cuerpo embadurnado de una sustancia grisácea. Luego, decenas similares durante la semana. Desconocía la causa, pero aquellas muertes coincidían en sus síntomas. No podía ser casualidad.

Tomó entonces unos pliegos de papel y una pluma y comenzó a escribir todo cuanto pasaba por su cabeza, febril y urgido. La temperatura aumentaba y su mente sacudía pensamientos que zumbaban como abejas dentro de un panal. Escribió todo lo que recordaba sobre cada caso, escribió palabras para algunas personas, palabras de amor y de despedida. Luego, sus últimas voluntades. Escribió recomendaciones para Ugi, su aprendiz, a quien legaba todas sus pertenencias. Y, finalmente, escribió unas palabras para lord Enthered, el rey de Thyn. Con ellas pretendía advertirle del peligro que se cernía sobre Thyn, su reino y, con seguridad, sobre todo Laandnal: una peste de consecuencias catastróficas, la más devastadora epidemia conocida hasta la fecha.

Cada vez más débil, arrancó tablas de aquí y de allá y las fue clavando sobre las ventanas. Los martillazos perturbaron la paz de la noche, provocando un coro de ladridos. Antes de clausurar la entrada principal de la casa, tomó un cubo de pintura roja y una brocha y realizó una inscripción que ocupaba toda la fachada, incluso sobre la puerta y las contraventanas. Cuando terminó, regresó al interior y clavó varios tablones para evitar que nadie pudiera entrar. Estaba extenuado, a punto de desfallecer. Temblaba por los escalofríos y un brillo aciago recubría su frente. El sudor brotaba con tal abundancia que, apenas lo limpiaba con una manga, este reaparecía en segundos.

No había nada más que pudiera hacer. Estaba listo.

—Que todo ocurra —dijo para sí.

Él siempre había perseguido a la muerte, la *Khanna*, para derrotarla. Su misión era tratar de evitársela a los demás. Ahora debía apresarla en su cuerpo, en su casa, para que no escapara y matara a otros. Quitó el tapón al pequeño envase y tragó todo su contenido, la dosis de opio necesaria para dormir a

cien bueyes. Se sentó en la butaca donde solía leer y abrió el código *Nil Borpo Ihllantur. La enfermedad en el cuerpo*, del maestro gaelen Thryus de Dharati, maestro entre maestros del curanderismo y precursor de la fisiología. Se trataba de su libro de consulta máspreciado y morir con ese ejemplar sobre su regazo era un hermoso homenaje. Así, al fin sonrió, sabiendo que sus ojos se cerraban por última vez.

Fuera, en la calle embarrizada y fría, un escuálido perro ladraba hacia la fachada de la casa de Tandell, donde podía leerse, no sin cierta dificultad, las palabras escritas en laendir arcaico: «*Dekkyn fherens*». «Fiebre gris».

Kreon nil's vhasten El rey en su castillo

—¡Comandante, un jinete se aproxima por el camino!

El soldado apuntaba con su arco desde el adarve hacia aquella sombra en la noche, preparado para disparar. En un abrir y cerrar de ojos, varios soldados se le unieron y la alerta se extendió por todo el recinto. Había antorchas cada cuatro o cinco varas y algunas oscilaban por corredores y pasillos. Una tensión se respiraba en cada recoveco del Bastión.

—Aguante, soldado —dijo el comandante—. Si se precipita, clavaré su cabeza en una pica.

Era noche cerrada. La luna creciente, fina, como la hoja de una hoz, relumbraba tras densos nubarrones. Lord Enthered, el rey, llegó jadeante junto a su guardia personal al lugar donde aguardaba el comandante. Se abrió paso dando voces y brazadas.

—¡Disparad! ¡Matadle de una maldita vez! —gritó—. ¡Que no se acerque!

El soldado vigía contuvo el disparo, ahogado en temor.

—Pero, mi lord —rogó el comandante—, seamos prudentes. No sabemos quién es. Puede ser de los nuestros.

Los ojos enloquecidos de lord Enthered, tratando de escudriñar en la negrura, se movían nerviosos como dos pequeños gorriones perseguidos. Saltaban frenéticos, cambiaban de dirección, acuciados por el cerebro perturbado al que servían de vidrieras.

—¡Dispara, soldado! —aulló—. ¡Dispara, de una vez!

La cabalgadura se aproximó y descubrieron entonces que el jinete no estaba erguido, sino recostado sobre el cuello del jamelgo. Le costaba mantenerse consciente.

—¡Alto! ¡Es uno de los nuestros! —informó un soldado.

Ya casi a las puertas, pudieron distinguir la armadura militar, la pechera y el guardamuslo de la montura, negros con franjas amarillas. No cabía duda, era uno de los soldados de la guardia real de lord Enthered.

—Debe de ser Heitaalen. —Se escuchó—. Partió hace dos días con un correo.

El soldado trataba de hablar sin conseguirlo. Intentó alzar su mano enguantada. En ese preciso instante, una flecha atravesó su cuello, derribándolo de espaldas sobre el camino de grava.

Se hizo un silencio sobrecogedor. Tanto el comandante como los soldados quedaron paralizados. Lord Enthered había arrebatado el arco al vigía y, sin mediar palabra, había asestado el letal flechazo al correo, acabando con su vida. El monarca tenía la mandíbula apretada bajo la negra barba y la mirada ida, perdida en la negrura del bosque o en algún recóndito rincón de su mente. Tembloroso, devolvió el arco a su dueño y se ajustó la capa.

—No tengo por qué justificarme, pero sabed que lo he hecho también por vosotros —dijo, mientras se marchaba—. Ese soldado traía la muerte.

—Alteza... —dijo el comandante Gojh.

—Que nadie se acerque al cadáver hasta transcurridos tres días —ordenó lord Enthered—. Es preciso asegurarse.

—Pero, mi lord —dijo el comandante—, las alimañas...

—¡Tres días! ¡O mataré a todos! —gritó—. Luego, quemad lo que quede de él.

El rey abandonó el adarve por la pequeña portezuela del torreón.

Al tercer día, el comandante Gojh y varios soldados alzaron el rastrillo y salieron al camino donde permanecía el cuerpo de Heitaalen, el soldado muerto. Estaba destrozado. Su caballo pastaba en una arboleda cercana. Tuviron que espantar a un buitre y a varios cuervos que apuraban las sobras dejadas por los chacales. La imagen era dantesca. Agarraron los restos y los volcaron sobre una parihuela improvisada para llevarlos al interior del Bastión. Allí fueron arrojados junto a otros a una enorme pira.

Con un pañuelo negro cubriéndole el rostro, lord Enthered seguía todo el proceso desde el Salón Rojo, cuyo ventanal volaba sobre el patio de armas. Intentaba no respirar el humo nacido de aquel fuego purificador, pero debía confirmar el cumplimiento de sus órdenes.

El comandante Gojh hizo entrada en el Salón Rojo. Portaba algo en su mano.

—Mi lord, el soldado fallecido traía un documento en su bolsa.

—¿Un documento? —preguntó el monarca, intrigado—. Entrégamelo.

Lord Enthered lo arrebató de la mano del comandante. Se trataba de un

grueso papel enrollado y encintado, lo leyó con detenimiento. Le tomó un buen rato porque tuvo que releerlo.

—¿Malas noticias, mi lord? —preguntó el comandante Gojh.

Lord Enthered se sentó en el trono, dejó el documento sobre la mesa y cubrió su rostro con ambas manos. Gojh hizo un gesto, señalándolo.

—Con su permiso.

El comandante lo tomó y lo leyó. La misiva informaba de los últimos registros de muertes en los reinos vecinos: casi dos mil muertes en Thyn, más de un millar de muertes en Orderin y medio millar en el Páramo. Todo ello en apenas un mes, desde el comienzo de la plaga, y contando con que estaba fechado una semana atrás. A esas alturas, el número podría haberse duplicado.

Por culpa del miedo, las tierras estaban sin cultivar. Nadie sembraba ni recolectaba. Las cosechas se echaban a perder y las bestias también comenzaban a sufrir por falta de alimento. Se había generado un pánico atroz y nadie quería consumir la leche o la carne de los animales, por temor a que transmitieran la fiebre gris. La hambruna era generalizada y los tres reinos al sur del río Único —el Annur Fli, como se llamó en laendir arcaico— languidecían de abandono e inanición. De los otros tres reinos, poco se sabía, pues los correos ya no viajaban.

Lord Enthered y la pequeña corte residente en el Bastión de Ré dependían de lo requisado en diezmos a los granjeros. La riqueza del Thyn enriquecía a su rey. Por tanto, su pobreza empobrecía a un lord Enthered, quien, a su vez, había enloquecido por miedo a la peste.

Con un gesto, el monarca ordenó al comandante que se aproximara.

—Tráeme al oráculo, Gojh —ordenó lord Enthered.

—Mandaré una partida a buscarlo, señor —respondió Gojh—. ¿Desea mientras tanto consultar al almah Jott, mi lord?

—¡No, Gojh! ¡Quiero al oráculo! —protestó el rey—. Lo quiero hoy. ¡Lo necesito hoy!

—Pero, mi lord, alteza, el oráculo de Zemlya vive a dos jornadas de viaje. Necesitaríamos cuatro días para ir y volver.

—Gojh, Gojh, Gojh... mi viejo Gojh —dijo el monarca—. ¿Acaso no te das cuenta de que son circunstancias excepcionales y que nuestra vida depende de ello? Si no tengo aquí al oráculo mañana al anochecer, tú serás la cena de los chacales.

Gojh, el viejo comandante, sabía que la amenaza iba en serio.

—Mañana al anochecer, señor —dijo—. Así será.

—Eres un buen hombre, Gojh —musitó lord Enthered, mirando al

suelo—. Tú sabes servirme bien.

Y el comandante no añadió ni una palabra más. Se giró y salió de la estancia camino de las caballerizas, pues sabía que cada segundo que permaneciera allí le acercaba un poco más a la muerte.

Vail engurd na vuh nul Hewell fli
La cueva verde en el valle del río Hewell

Raloff Gronkin asestó un seco hachazo sobre el tocón, no con la intención de cortarlo, sino de dejar el hacha clavada en él. Llevaba varios días sin llover y la madera estaba seca, por lo que aprovechó para abastecerse de leña. Había madrugado para segar la mies, alimentar al ganado y desbrozar de malas hierbas la margen del huerto que linda con el camino.

A ratos se detenía a escrutar las lindes, los senderos y los límites de la propiedad como si buscara algo. O a alguien. Se secaba la frente con la manga de la camisa y entornaba los párpados para aguzar la vista, pero siempre terminaba chasqueando la lengua y adoptando una conocida expresión de contrariedad.

—Demonio de chico —murmuró entre dientes—. En cuanto te das la vuelta, desaparece sin dejar rastro.

La hoz segaba pequeños manojos de hierba que Raloff apresaba con la mano contraria, repitiendo de forma mecánica un procedimiento más peligroso de lo que parecía a simple vista.

—¡Dougard Gronkin, aquí hay tareas por hacer y si no las haces ahora tendrás que hacerlas luego! —voceó Raloff en todas direcciones—. ¡Ya tienes diecisiete, no eres un niño!

Y así podría seguir un buen rato hasta convencerse de que gritar era un esfuerzo inútil y de que, en realidad, el chico se había alejado tanto para no escucharle.

El valle del río Hewell presentaba, como casi todos los valles, gran riqueza vegetal. Los bosques eran extensos y tupidos y los prados a menudo se hallaban invadidos por ingentes masas de arbustos, densos y frondosos. Un paisaje de exuberante belleza y un inmejorable espacio para esconderse.

Dougaard Gronkin despertaba cada día al amanecer y afrontaba junto a su padre las tareas de la granja. Se echaba un cubo de agua fría por la cabeza, se bebía un cuenco de leche de cabra y, tras ello, se sentía dispuesto a obedecer las órdenes de su padre. Cuando estaban a punto de partir, Dougaard solía regresar al dormitorio y propinaba un fuerte empujón a la cama de su hermano Ayden para que comenzara a despertarse. Esos minutos eran una pequeña cortesía que tenían su padre y él hacia el pequeño de la casa, aunque, según Dougaard, ya no era tan pequeño, pues acababa de cumplir los dieciséis.

Entonces Ayden comenzaba a hacer todas las tareas que se pueden hacer estando medio dormido, como echar grano a las gallinas y ordeñar a la cabra y a las tres vacas. Una vez despierto, recogía los huevos del gallinero, sacaba el estiércol de la cuadra y acometía los otros trabajos que, de estar viva, hubiera hecho su madre.

Algunos días, cuando tardaba más en despertarse, terminaba echando el estiércol en el gallinero y los huevos a las vacas, y solo se despertaba cuando las gallinas le llenaban las manos de picotazos, pues no parecían dispuestas a dejarse ordeñar.

El joven Ayden siempre protestaba, quejoso por tener que ocuparse de tareas menores, cuando solo era un año menor que Dougaard y, sin embargo, casi tan alto y fuerte como él.

—Cada uno está destinado a unas tareas —explicaba una y otra vez Raloff, paciente, pero harto de quejas—, y todas son igual de importantes.

Ayden se ponía rojo de ira y apretaba los dientes, caminaba arriba y abajo y dejaba caer objetos a su paso.

—Pero yo hago las que hacía mamá y Dougaard las que haces tú...

—Hijo, cualquiera puede cortar leña o arar la tierra —insistía su padre—, tú mismo lo harás dentro de nada. Pero algún día harás cosas para las que nadie más tendrá valor y entonces comprenderás mis palabras.

Pero nada conseguía calmar la furia de Ayden. Nada, salvo coger el hacha y convertir un tronco en un montón de astillas. Aquello le servía de desahogo y, además, para demostrar a su padre de lo que era capaz.

El hijo primogénito, Dougaard Gronkin, despertaba cada día al amanecer con su padre, pero, en cuanto veía que el sol rebasaba las cumbres y su padre se distraía, soltaba con delicadeza la herramienta que estuviera usando y, con disimulo, comenzaba a alejarse por el sembrado, por la huerta o por el camino, hasta desaparecer detrás de un arbusto. Saltando muros de piedra y atajando por prados ajenos, siempre caminaba hacia el sudeste, hacia la propiedad de los Lowden. En ella vivía su novia, la bella Inke.

«Inke Lowden», como le susurraba Dougaard al oído, era un: «ser recién

caído del cielo, el fruto de un milagro». Ella se ruborizaba al escuchar estas cosas y el rubor multiplicaba su belleza y al chico le explotaba el corazón en el pecho y la sangre en la cabeza. Entonces, le decía que era «un sueño cumplido, el deseo pedido a una estrella fugaz, y satisfecho con creces, el animal más hermoso que ha existido y existirá en Laandnal». Y la chica sentía que las piernas le fallaban de tanto amor. Y así andaban el uno y el otro, profundamente enamorados, diciéndose bobadas, prometiéndose fidelidad eterna y soñando con una vida futura juntos, como marido y mujer, en una hermosa granja en el valle del río Hewell, donde criarían media docena de hijos.

Cuando Dougaard llegaba a la linde de la granja de los Lowden, comenzaba a ulular como un búho y luego esperaba en el lugar acordado con Inke.

—Parece que ese búho no se ha quedado dormido esta mañana. —Sonrió la madre de Inke.

—Igual saco mi arco —masculló Vreth Lowden— y disparo unas flechas a ese buitre.

—¡No seas bruto, Vreth! Son cosas de chicos.

Minutos después, Inke y Dougaard se encontraban en un pequeño claro del bosque, rodeado de densos arbustos que establecían un perímetro circular y cubierto por las copas de dos robles, de forma que era imposible contemplar su interior. Le llamaban, «Na Vail Engrund», la Cueva Verde. Su escondite secreto, su minúsculo universo privado.

Cuando Inke atravesaba el cerco de arbustos, sonreía emocionada con el rostro iluminado por unas chapetas sonrosadas provocadas por la carrera. En esta ocasión, le extrañó no seguir escuchando el insistente ulular de Dougaard, quien solía emitir el sonido hasta que ella posaba los labios sobre los suyos. Cuando entró en la Cueva Verde, Inke encontró a Dougaard tumbado boca abajo sobre la hierba.

—¡Dougaard! —gritó, ahogando el sonido de su voz.

El chico yacía inmóvil boca abajo.

—¡Dougaard, mi amor! —exclamó, llegando sobre él—. ¿Qué te ocurre?

Inke le sacudía y trataba de darle la vuelta. Con gran esfuerzo, logró ponerlo boca arriba, encontrando sus ojos en blanco. La chica comenzó a llorar y Dougaard, levantando una mano con la que asía una florecilla silvestre, dijo con voz aguda:

—Traía esta florecilla para mi dama, pero he muerto por tan larga espera.

Y explotó en una estruendosa risa, revolcándose por el suelo. Inke, estupefacta, no daba crédito a lo que veían sus ojos: había vuelto a jugársela. Creyó que estaba muerto.

—¡Maldito! —gritó, martilleándole con los puños—. ¡Maldito, maldito y

un millar de veces maldito! ¡No vuelvas a hacerme eso!

—Era una broma, mi amor...

—¡Casi me matas del susto! No tiene gracia.

—Ay, lo siento, mi princesa. —Dougaard intentaba reconfortarle con su voz—. No pensé que te asustarías tanto.

—Si tú te mueres, yo me muero, tonto.

—Ya sabes que yo también, mi bella Inke. No podría vivir sin ti.

Y se abrazaron largamente, regalándose una eternidad de besos.

Rikhanna khannes
Ejecución de muertos

—Todo está dispuesto, majestad —informó un oficial desde la puerta.

Lord Enthered apuraba una copa de vino mientras observaba a través del ventanal del Salón Rojo. Sus ojos estaban vacíos como un pozo seco. Le incomodaban las ejecuciones porque dejaban olor a muerte y un cierto desánimo entre la guardia del Bastión. Sabía que no era un olor real, sino más bien una especie de sentimiento colectivo, un incómodo escalofrío enfangándolo todo. Pero estaba convencido de que las ejecuciones eran necesarias: para ajusticiar, para aleccionar y para disuadir. Y, sobre todo, para definir quién mandaba en el Bastión, en Ré y en todo el reino de Thyn.

—Bajo en un minuto —respondió—. Retírese.

El monarca se sirvió otra copa de vino y la bebió de un trago, derramando parte por las comisuras de los labios en sendos regueros que se perdían cuello abajo. Era un hombre de unos cincuenta años, de piel blanca y cabello aún oscuro. La densa barba ocultaba un rostro demasiado regular para un ser tan repleto de mezquindad.

Al salir, el oficial se cruzó con otra persona que entraba en la sala con premura. Era una especie de monje. Vestía una casulla marrón de arpillera que casi rozaba el suelo y culminaba en una cogulla que cubría la cabeza. Era un hombre de mediana edad, de pelo corto canoso y algo entrado en carnes. Al cuello llevaba un cordel de piel del cual pendía un colgante, un prisma de cristal violeta con forma de pirámide de cinco lados, muy alargada, y base pentagonal.

Se trataba del almah Jott, uno de los pocos seres espirituales que quedaban en Laandnal. Para su pesar, servía al monarca, más como consejero que como director espiritual.

—No necesito tus monsergas ahora, almah —dijo lord Enthered.

—¡Mi lord, se lo ruego! —suplicó el monje, arrodillándose—. Detenga esa salvajada. No tiene que demostrar nada a nadie.

—Sus muertes enseñarán a los demás habitantes de Thyn cómo funcionan las cosas por aquí. Incluso podrían salvar vidas...

El almah se incorporó, acercándose al rey.

—Pero ya están sentenciados a muerte, mi lord —gritó Jott—. Sufren de esas calenturas, como las que mataron al herrero y a otros cientos. Vivirán ocho o diez días y pronto agonizarán. Enciérrelos hasta su muerte y luego quémelos.

—¡No es suficiente! —sentenció lord Enthered—. Me engañaron a sabiendas. Ocultaron su enfermedad. ¡Podríamos morir todos!

Jott había agotado todos sus argumentos en esa línea, por lo que decidió cambiar de estrategia.

—Yo estoy preparado para morir, majestad —dijo el almah—. ¿Usted no?

El rey explotó en un repentino acceso de ira, derribando de un manotazo todo cuanto había sobre su mesa: una jarra y una copa, documentos, tintero y pluma.

—Lárgate por donde has venido, almah Jott —ordenó el rey, fulminándole con una mirada desquiciada—. Hoy toca matar a la muerte.

Jott se marchó apresurado.

Lord Enthered bajó tras él. En el patio de armas, sobre el patíbulo, un hombre y una mujer a duras penas conseguían mantenerse en pie, con un débil hilo de vida y la única ayuda de la sog a que llevaban al cuello. A ratos temblaban, de miedo o fiebre, y a ratos sentían claudicar sus piernas. Cuando el monarca llegó al patio, Jott estaba junto a ellos, hablándoles y abrazándoles. Los reos tenían sus cabezas descubiertas y gimoteaban al escuchar las dulces palabras del almah. Este les hablaba de su tránsito a El Otro Lado y del regreso de su cuerpo a la tierra y de su alma a las estrellas, como ocurría a todas las buenas personas de Laandnal al morir.

Los condenados habían apoyado sus cabezas sobre el torso de Jott, como último abrazo a la vida, a otro ser humano. Y aquel ser les estaba regalando paz cuando resultaba imposible tenerla.

—¡Verdugo, preparado! —ordenó lord Enthered, forzando a Jott a bajar del patíbulo.

Entonces, Jott frotó su prisma sobre el corazón de los reos y, de repente, se calmaron, quedando inertes bajo los tensos dogales. Parecían dormidos, pero estaban plácidamente muertos. Y el almah bajó por fin del enorme cadalso.

El rey bajó su brazo de forma enérgica y el verdugo accionó la palanca que abría la compuerta bajo los pies de aquellas personas y sus cuerpos se descolgaron indiferentes, sin el menor gesto de sufrimiento, sin retorcerse ni luchar por conservar la vida. Nada. Lord Enthered se acercó a explorarlos y se llenó de hastío al deducir que habían muerto antes del ahorcamiento. Quizá una milésima de segundo antes, pero lo suficiente. El rey, entonces, sacó su espada y segó sus cuellos, en un estúpido acto de impotencia. Luego, caminó hacia sus aposentos. Al pasar a la altura de Jott, este le susurró:

—Ya le dije, majestad, que parecían a punto de morir.

Y lord Enthered apretó las mandíbulas y aceleró el paso.

En ese preciso momento, sonó uno de los cuernos de los vigías. Alguien se aproximaba. Minutos después llegaba el comandante Gojh con dos soldados de la guardia y un cuarto jinete montado en una acémila escuálida y despeluchada. Era el oráculo de Zemlya. Llegados al Salón Rojo no hubo preámbulos ni saludos.

—Solo te haré dos preguntas, oráculo —dijo lord Enthered—. La primera es: *¿wese vun jorden vuu laatn?*

—¿Deseas conservar tu vida? —tradujo el comandante Gojh.

Aunque, por la expresión pavorosa del oráculo, dedujeron que comprendía el laendir arcaico, la lengua de los ancestros.

Ugi Ugi

Ugi despertó con la cabeza aturdida, dolorida, como si se le hubiera desplomado una montaña encima. Un fétido olor acre flotaba en su habitación y había restos de vómito en entrada. Recordó la noche previa en la taberna y cubrió su cara con las manos.

Los recuerdos le asaltaban, como rápidos destellos, haciendo pasar por su mente imágenes desconcertantes. Notó un escalofrío y descubrió que había dejado abierta la puerta de la entrada. Su mirada confusa se topó también con unos tablones tirados en el suelo, atravesados por largos clavos, doblados o retorcidos. La visión le llevó a identificar un fuerte dolor en el hombro derecho y, al examinarse, descubrió un moretón y varios rasguños.

Como con lentitud, las piezas del puzle fueron encajando en su cabeza. La noche previa llegó borracho a la casa de su tío y encontró la puerta cerrada. Fue inútil usar la llave: no cedía. Parecía bloqueada desde dentro. Recordó haber forzado la puerta a empujones y haberse acostado mareado y dolorido. Solo podía pensar era lo extraño que resultaba que su tío no hubiera aparecido para reprenderle por el estruendo.

Ugi llevaba un tiempo desanimado, con muchas dudas sobre lo que deseaba hacer con su vida, y reconsideraba su vocación inicial de ser un gaelen, como su maestro, Tandell Ibsen. Él carecía de su capacidad de estudio o de sacrificio. Tampoco disponía de la experiencia acumulada por su tío. Aunque, por supuesto, si pasaba suficientes años junto a él y prestaba atención, llegaría a ser un curandero experto, un fisiólogo valorado en la ciudad. Los habitantes de Ré besarían su anillo tras mejorar de los ardores, le alabarían al pasar, elogiando su habilidad para recolocar dislocaciones y su acierto con los emplastes y cataplasmas. Pero él siempre había soñado con vivir aventuras

como las de los héroes de las canciones tradicionales de Laandnal: luchar contra las alimañas, matar drakans, conquistar hermosas doncellas. Mas, en el fondo, temía a las alimañas, no creía que existieran los drakans y tampoco le interesaban demasiado los amoríos. Y, en realidad, estaba hecho un verdadero lío.

Cuando murieron sus padres, él apenas tenía diez años y le encomendaron al gaelen Tandell su cuidado. Era tío suyo de alguna forma, por ser primo de su madre, y, dado que este precisaba un aprendiz que le ayudara, aceptó. Ugi andaba conmocionado por la pérdida de sus padres, pero su corazón era noble y dócil, aceptó pronto la nueva situación y la relación con su tío. Con el tiempo, la necesidad mutua se transformó en cariño, incluso en camaradería, profesándose ambos un profundo respeto por motivos dispares. Ugi aprendía rápido y crecía más rápido aún, pero su felicidad no era plena, pues sentía que estaba viviendo una vida ajena.

El día previo tuvo lugar una ingesta excesiva de drebb durante una reunión improvisada de amigos. Eran varios jóvenes molidos de trabajar y con unas monedas tintineándoles en el bolsillo. Sus músculos estaban agarrotados de bregar en el campo, de acarrear sacos o de portear piedras en la cantera. Eran jóvenes de rostros envejecidos, cuyo futuro había adquirido durante las últimas semanas un aciago pronóstico. La fiebre gris ya había arrebatado a sus familias uno o más miembros.

—Ouweld, trae drebb para todos —pidió Hugmeal agitando una mano—. ¡Aquí hay cuatro tíos con algo de calderilla que no saben cuánto vivirán!

Era una clara referencia a la epidemia, de la cual nadie quería hablar en voz alta por mera superstición. Era muy común pensar que, si nombrabas a la *Khanna*, a la muerte, esta te caería encima de forma irremisible.

—¡Hug, calla, hombre! —susurró Vik, el hijo del panadero, quien, al salir de la taberna, cuando los demás se fueran a dormir la mona, debería dirigirse a la tahona para comenzar su jornada de trabajo.

—¿Por qué tengo que callarme, Vik?

—¿No te da miedo? —respondió Vik—. De... de eso.

—¿No te da miedo de eso, Hug? —susurró Hug, imitando la voz temerosa de Vik, tratando de ridiculizarle—. ¿No te da miedo de... *essso*?

Todos, incluido Ugi celebraron la parodia de Hug y brindaron derramando drebb sobre la mesa.

—Es verdad que las muertes han sido muchas. Siempre son muchas —añadió Ugi, desde su experta aunque ética perspectiva de aprendiz de gaelen—. Pero muy lejanas unas de otras, no siguen una pauta clara.

Ugi eructó de forma sonora.

—Sí, pregúntale por la pauta al pobre Juung —dijo Masnar, un albañil parco en palabras y de rostro afilado, refiriéndose al joven herrero muerto varios días atrás—. A ver qué le parece.

Dando un sonoro golpetazo sobre la mesa, Ouweld, el tabernero, soltó cuatro nuevas jarras de drebb. Parte del contenido se derramó para alborozo de la cuadrilla.

—Las próximas, las vais a buscar a la barra, gañanes —dijo con un carraspeo cavernoso.

Los chicos protestaron, dieron palmas y golpes en la mesa, formando otra estruendosa algarabía. Sabían que Ouweld nunca se enfadaba de verdad.

—Y Hug —dijo dirigiéndose al más bravucón del grupo—, en mi casa no se habla de «eso».

—Pero, Ougweld, viejo zorro... —intentó decir Hugmeal.

—Aquí viene uno a emborracharse, no a espantar a la clientela con palabras sombrías y malos augurios —advirtió el tabernero muy serio—. Aquí se viene a beber vino, drebb o cerveza. Se puede beber con alegría o con tristeza, pero nadie bebe con miedo.

Los jóvenes aceptaron la reprimenda, concentrando sus miradas turbias en la espuma del drebb. Todos los habitantes de Ré estaban aterrados por las recientes muertes. No solo en la capital, en todo el reino de Thyn existía un justificado temor a morir por la fiebre gris. Pero los chicos convinieron en que tampoco era razonable pasarse el día hablando de la *Khanna* y espantarle la clientela a Ouweld, el tabernero de su local favorito. Que, por otra parte, según apostilló Vik, era un tipo capaz de ponerles de patitas en la calle, sin el menor reparo.

Ugi se incorporó, bebió la jarra de un solo trago y volvió a eructar.

—Tienes razón, Ougweld, amigo —dijo, y todo su cuerpo se tambaleó—. Me voy a mi casa.

—¡Venga ya, Ugi! —exclamó Masnar, contrariado. Aquello podía disolver la reunión.

—Deja al chico, Masnar —bromeó Hugmeal—, que mañana tendrá que hacerle la colada a su tío y limpiar el polvo a sus cachivaches.

Hubo risas a costa de Ugi pero él no se inmutó.

—Me importa un comino... lo que me digáis —respondió.

—¡Bien dicho, Ugi! —dijo Vik, levantando su jarra—. Brindo por ti.

—Me marchó —balbuceó—. Os lo advierto... encarecidamente.

—¡Recuerdos a tu tío! —dijo Hug, que mantenía su tono sarcástico.

Pero Ugi ya se dirigía, tropezando y dando algún rodeo innecesario, hacia la puerta de la taberna. Todas las calles de Ré parecían cuestas y todos los

callejones parecían demasiado estrechos. Se tambaleaba, costándole avanzar, y chocaba sus hombros con paredes y esquinas, raspando sus prendas.

Cuando llegó a la casa de su tío, descubrió una inscripción en su fachada. Estaba hecha con pintura de color rojo oscuro, con grandes y chorreantes letras, como si su autor tuviera demasiada prisa: «*Dekkyn fherens*».

Lo que, en la lengua de los ancestros, quería decir: «fiebre gris». ¿Qué era aquello? ¿Un insulto? No era infrecuente que se hicieran pintadas para difamar a otras personas o denunciar, a modo de escarnio, ciertos comportamientos inmorales o delictivos. Pero, aquello era muy extraño.

Ugi entró tambaleándose en la casa de su tío. Trató de abrir, pero no pudo. Algo obstruía la puerta y la hizo ceder a empujones, formando un gran estropicio al desplomarse dos tablones sobre el entarimado. Tras unos segundos de angustiosa escucha, celebró que su tío Tandell no se hubiera despertado y suspiró aliviado.

Al pasar por el salón creyó verlo dormido en su sillón con un libro sobre el regazo, pero no quería despertarlo ni que oliera el tufo a drebb y vómito que le impregnaba. Así que subió las escaleras, tratando de no hacer ruido, y se acostó sin desvestirse.

La mañana siguiente Ugi despertó con una tremenda resaca. Cuando se agachó a limpiar el vómito de la entrada, el dolor de cabeza arreció y buscó un calmante. Se aseó y se puso ropa limpia, pero, nada parecía eliminar aquel olor acre de la casa.

Debía de haber llovido en Ré, pues las calles estaban encharcadas y embarradas. Al amanecer, solo quedaba una densa niebla que, como la confusa bruma de su cabeza, lo envolvía todo. Ugi salió a la calle a respirar un poco de aire limpio y se reencontró con aquella pintada en la fachada: «*Dekkyn fherens*». Por un momento, le pareció que las enes tenían ese rabito elegante tan característico de la caligrafía de su tío y, si él había escrito aquello, cada vez comprendía menos su significado. Pero solo podía esperar a que se despertara para aclarar sus dudas.

Heicketull

Tronco de roble

Para Raloff Gronkin cada mañana era una nueva bendición otorgada por Thlalok, con el auxilio de Jeephri, Soophay, Eharlig y todos los dioses heredados de sus ancestros. Y aquella no iba a ser una excepción.

Amanecía tras las estribaciones de la vertiente oriental del río Hewell y desde la puerta de la casa, orientada hacia el oeste, aún podía verse el cielo preñado de azul oscuro. La brisa era fresca y el silencio un regalo. Raloff, despeinado, con la camisola descompuesta y los pies descalzos, se deleitaba observando el humilde espectáculo de sus campos de cultivo. Eran pequeños terrenos que él mismo había tardado meses en hacer provechosos, y que ahora, por fin, le devolvían el trabajo en forma de cosechas. Raloff, saboreando una taza del aromático té del Páramo, admiraba satisfecho su trozo del valle, su hogar y el esplendor del cielo clareando. Las primeras aves sobrevolando su maizal le recordaron que debía ponerse manos a la obra si deseaba que el día le cundiese.

Ayden estaba en la casa, pero Dougaard no. Desechó la improbable idea de que hubiera madrugado más que él para trabajar y dedujo que habría pasado la noche fuera. Sin la menor duda, con la chica de los Lowden.

—A tu hermano el amor lo tiene atontado. ¿No te parece, Ayden?

—Cualquier día resbalará con sus propias babas y se romperá la crisma, padre —dijo Ayden, divertido con los comentarios de su padre—. Es tan bobo que me hace sonrojar.

Andaban por la cuadra preparando los aperos.

—Hijo, aunque no lo creas, algún día te verás así —añadió Raloff—. Y te aseguro que tú tampoco te darás cuenta.

—¡Yo jamás me enamoraré, padre! —protestó Ayden, airado.

—¿Y por qué no? Si puede saberse.

—No sé. Esa cosa melosa no va conmigo. No me interesan las chicas. — Ayden hizo una mueca de asco—. De todas formas, no todo el mundo ha de convertirse en un memo por amar a otra persona.

Raloff estaba perplejo. Nunca había mantenido con Ayden una conversación con semejante contenido: el amor y sus efectos. Y jamás hubiera esperado que Ayden se sincerara con él de aquella forma.

—Esa cosa melosa no va conmigo. —Rio Raloff, remedando de forma cómica a su hijo—. ¡Menuda tontería!

Ayden estaba cada vez más irritado.

—¿Y tú, padre? —preguntó por fin—. ¿Has estado alguna vez idiotizado por amor? ¿Con mamá eras así?

Raloff quedó paralizado mirando su huerto de coles bajo el amanecer ya rotundo. Observaba las aves multiplicadas, el ridículo espantapájaros, la taza de té vacía, el cabello rubio y ondulado de su segundo hijo, copia perfecta del de su madre, y respondió:

—Vamos a recoger las lechugas antes de que se estropeen, que ayer ya estaban a punto. Si te descuidas, en dos días se te llenan de gorgojos.

Y Ayden, decepcionado, marchó a por la espuertilla con las herramientas y el cesto de mimbre.

Cuando el chico regresó minutos después, Raloff estaba arrodillado sobre la tierra oscura asentada delante de su casa. Cubría su frente con el brazo derecho. Las piernas parecían no sostenerle.

—¡Padre! —gritó Ayden, llegando a donde él estaba. Le echó un brazo sobre los hombros.

—No es nada, hijo, tranquilo —respondió—. Es solo un mareo. No es la primera vez.

Trató de bromear para reducirle la preocupación, pero cuando fue a levantarse desfalleció, cayendo al suelo de costado. Abrazó su propio cuerpo, presa de un temblor grueso que le provocaba espasmos. Al rato, las sacudidas cedieron, dando paso a unas calenturas que le hicieron hervir en cuestión de minutos.

El malestar era tan intenso y su instauración tan brusca que el cuerpo de Raloff parecía descomponerse. La fiebre altísima aturdí su mente. No conseguía pensar con claridad y deliraba. Tumbado de costado sobre la tierra húmeda, con la visión difuminada de algunas hojas de hierba ante sus ojos, vio acercarse caminando a su bien amada esposa, Geanna.

—Geanna —balbució tembloroso—. ¿Qué haces aquí, mi amor?

Vio cómo ella aproximaba una mano a su cabeza y le acariciaba el rostro.

—Gea, cariño —dijo—. Ese vestido es precioso.

Raloff, entre espasmos, trataba de mantener sus ojos abiertos. Aunque no sabía discernir la realidad de lo imaginado, volver a disfrutar del rostro de su esposa era un espectáculo que no quería perderse. Pero una debilidad extrema se había apoderado de él y las bruscas sacudidas amenazaban con agotar sus fuerzas.

—Los chicos están bien —añadió Raloff, apretando los dientes—. Doug está enamorado... Inke, la chica de los Lowden. Y tú estás... más hermosa que nunca. Eres una diosa. No, eres una... estrella.

—Descansa, tronco de roble —le dijo la imagen de Geanna. Tenía los labios finos y sonrosados.

«Tronco de roble» —*Heicketull*— era la forma cariñosa con la que Geanna le llamaba cuando eran muy jóvenes y su amor ardía como lava escupida por un volcán en erupción. Luego se convirtió en un sobrenombre reservado para los momentos más íntimos y solo se escuchaba en los cálidos susurros de su alcoba. Era un tenue rumor que pasaba de los labios de Geanna a la ardiente piel de tronco de roble sin que el resto del mundo lo percibiera.

—Eres... tú, mi bella... —susurró, apagándose.

Raloff no fue capaz de terminar la frase. Y, al llegar a la consunción completa de sus fuerzas, se desvaneció.

—¡Padre! ¡Padre! —gritaban unas voces aproximándose—. ¡Señor Gronkin!

Dougaard e Inke llegaron corriendo al punto donde estaba tendido Raloff. Ayden, sobrepasado, trataba de asistirle.

—¡Está ardiendo, Doug! —exclamó Inke—. Hay que llevarlo a su cama.

Raloff sudaba con profusión y seguía temblando y sufriendo espasmos. Dougaard lo cargó sobre su espalda y lo acarreó hasta su cama, acostándolo con sumo cuidado.

—¡Inke, trae agua! ¡Rápido!

Dougaard sacó unos paños de un arcón y acercó un vaso de arcilla.

—Tranquilo, padre, se pondrá bien —dijo el chico, con ciertas dificultades para esconder su miedo a que aquello no fuera verdad—. Serán unas fiebres del maíz, las sufren todos los granjeros, o aquellas calenturas de otoño que pasan en dos días. Ahora se ven menos, pero tampoco sería extraño.

Inke llegó con un balde lleno de agua limpia y Dougaard introdujo el vaso en él para llenarlo. Lo acercó a la boca de su padre, pero apenas consiguió que ingiriera un sorbo.

Ayden regresó al interior. Había ido al pozo a sacar agua fresca. Dougaard e Inke se movían nerviosos en torno a Raloff, susurrando, tratando de